

“profundamente hispánicas aun cuando se manifiesten sólo donde la norma literaria y la tradición conservadora se han debilitado”

También penetran en la norma judeoespañola ciertas peculiaridades dialectales que son rechazadas por la norma española, como: a) la conservación de la f inicial leonesa y aragonesa (fambri = hambre) y b) la conservación de la b etimológica tras m (lamber = lamer) y de la n ante s (lonso = el oso).

La norma judeoespañola se parece a la americana del español, pero, a diferencia de ella no se subordina a la peninsular y por eso conserva algunos rasgos arcaicos, como la distinción entre sonoras y sordas (en el caso de las sibilantes) que desapareció en España después de la expulsión.

Como la nueva norma no es muy fuerte, las variantes se multiplican conforme el proceso de descomposición avanza.

En el sector léxico, Sala hace una observación que nos parece de enorme importancia sociocultural. Observa —así— que en judeoespañol ocurre algo análogo a lo que se observa en español: muchos términos que denominan objetos, conceptos militares, elementos de la organización civil, plantas exóticas, objetos de lujo oriental, provienen del árabe en el caso del español peninsular. En el judeoespañol, los términos respectivos provienen del turco; así, por ejemplo, el judeoespañol no dice sandía sino karpus: no albaricoque sino kaisf. La observación nos parece importante porque muestra: 1) por el lado sociológico, cuáles fueron los sectores vulnerables de la cultura española en la época del contacto y, 2) por el lado lingüístico, cuáles fueron los sectores débiles (en cuanto más laxamente integrados con el resto de las estructuras lingüísticas castellanas) en el castellano de ese tiempo.

El libro de Marius Sala es —a no dudarlo— una aportación valiosísima al conocimiento lingüístico y sociológico de la población sefardita de los Balcanes. El esfuerzo de Lope Blanch al patrocinarlo y hacerlo publicar en español es muy plausible. Ojalá y llegue a convertirse éste en el primero de una serie de pasos para un acercamiento cultural creciente entre Rumania (que se ocupa de modo constante, intenso y distinguible en la lengua y la cultura del mundo hispanoparlante) y México, Hispanoamérica, España misma, que siguen atendiendo poco a ese vástago lejano de su mismo tronco latino, a ese idioma y ese pueblo destinados a realizar aún grandes empresas, en cuanto el rumano

es lengua de artistas (como Eminescu, Sadeveanu, Arghesi y otros, y de científicos y técnicos contemporáneos cuya nómina sería difícil de establecer); lengua que se capacita cada vez mejor para expresar las realidades nuevas, al tiempo que afirma y acendra —como lo hizo conscientemente en el siglo XIX— su prosapia románica, mientras que el rumano es pueblo que —dentro de las limitaciones de la hora— busca universalizarse como los romanos de otro tiempo.

Oscar Uribe Villegas

“Language and Society”. *Proceedings of the Ninth International Congress of Linguists*. Edited by Horace G. Lunt. Mouton & Co. London. The Hague-Paris, 1964, pp. 1100-1134.

La sección consagrada por el Noveno Congreso Internacional de Lingüistas al “Lenguaje y la Sociedad” comprende los trabajos de la señora Millicent R. Ayoub, de W. Bright y A. K. Ramanujan, de J. Gumperz, de O. Lamtzig y de A. Read acerca de la bipolaridad de los términos árabes de parentesco, las relaciones entre las variaciones sociolingüísticas y los cambios lingüísticos, los desplazamientos de código hindí-punjabí en Nueva Delhi, la continuidad lingüística y etnográfica de los griegos del Ponto Euxino, y la escisión y coalescencia de lenguas de gran amplitud social, a los que haremos referencia en forma breve, pero siguiendo un orden que consideramos preferible.

Allen Walker Read señala que, contra lo que podría pensarse, la dispersión de los hablantes de una lengua, sobre territorio mayor que el originario, no tiene por qué conducir necesariamente a una fragmentación lingüística; que ésta no se produce, de necesidad, ni siquiera en aquellos casos en los cuales se rebasan las fronteras estatales.

En efecto, conforme él señala, son tres los resultados posibles de una dispersión demográfica pues: o 1) se fragmenta la lengua, cuyos hablantes se dispersan y se forman —a partir de los dialectos resultantes— nuevas lenguas, o 2) se retiene la unidad, pero a costa de la aparición de divisiones tajantes no longitudinales sino transversales, entre el uso literario y el coloquial, o 3) se forma una *koiné*.

Mientras gran número de lingüistas se han ocupado y se ocupan sobre todo de la fragmentación y la divergencia lingüísticas,

Read piensa —con Martinet— que hay que prestar igual atención a la convergencia y la unificación lingüísticas; a la coalescencia, a la formación de híbridos lingüísticos y de lenguas criollas; a la aparición de una *koiné*; procesos de los que, como él afirma, “se tienen buenos testimonios de varios lugares del mundo y de los últimos doscientos años, y que es razonable suponer que se han venido produciendo desde tiempos prehistóricos”.

Entre los factores que intervienen en la aparición de una *koiné*, se cuentan: las mejoras técnicas de los transportes y comunicaciones, la alta estimación por una literatura clásica o sagrada, la centralización de la cultura en torno a un lugar prestigioso, la tolerancia o intolerancia hacia las variantes lingüísticas, y el sentimiento nacionalista que se asocia a la conservación de una lengua.

La importancia que tienen los adelantos técnicos en los transportes y comunicaciones queda ejemplificada cuando se piensa en las embarcaciones que, al posibilitar el cruce del Mediterráneo, propiciaron la aparición de la *koiné* por antonomasia — de la lengua común griega— o cuando se recuerda que ese mismo Mediterráneo parece haber ofrecido las condiciones favorables para que, más tarde, se formara la *koiné* árabe.

La alta estimación por una literatura clásica o sagrada parece ser factor menos importante de unificación lingüística, pues si bien ésta se produce en el nivel escrito, la diversificación aparece y progresa por debajo, en el de la lengua hablada y, particularmente, en el estilo coloquial. Esto produce una verdadera diglosia y, en el caso griego, por ejemplo, los conflictos bien conocidos entre los partidarios de la *katharevusa* y del *demotiki*.

Cuando la cultura gira en torno de un centro prestigioso (como París, en el caso de la cultura francesa) suelen afluir a ese centro hablantes de otros sitios, cuya habla tiene características propias. Y si bien ninguno de los recién llegados llega a imponer las características de su habla propia, entre todos producen un desgaste generalizado de la lengua en el centro de prestigio, que pierde sus características más salientes, más peculiares, más “chocantes” para la mayoría y que, así, tiende a constituirse en una *koiné*.

La intolerancia hacia las variaciones, que se manifiesta particularmente en la ridiculización del extraño que habla mal la lengua, puede ser un factor de mantenimiento de la unidad, particularmente cuando las lealtades

lingüísticas se vinculan con los sentimientos nacionalistas. El resultado —con todo— no es enteramente previsible, ya que aunque los británicos, en algunos casos, sean intolerantes hacia el uso incorrecto del inglés por los extraños, y aunque consideren como una catástrofe la previsible difusión de su idioma entre pueblos distintos del suyo (incapaces de mantener su pureza original), no parece que sean capaces de impedir, en último término, su extensión y su eventual fragmentación dialectal o su conversión en una *koiné* que sólo umbilicalmente mantenga su conexión con el inglés de Inglaterra.

Odysseus Lamtزيدis, en su estudio sobre la continuidad lingüística y étnica de las poblaciones helénicas del Ponto, señala el caso de comunidades que, precisamente por su aislamiento, llegaron a mantenerse durante siglos fuera de una *koiné*. El comienza por precisar que con el nombre de “Ponto helénico” se conoce el noroeste de Asia Menor, de Sinope y la ribera del Alya a las orillas del Akampsis y de la costa meridional del Mar Negro (Ponto Euxino o “Ponto hospitalario”) al monte Skydisson (=Kapandag, en turco).

Las condiciones psicogeográficas son importantes en éstas como en otras situaciones sociolingüísticas, pues la región constituye una entidad más o menos aislada, casi incommunicada por tierra y mar.

Para fundamentar su teoría de que durante siglos ha habido continuidad lingüística y etnográfica, evoca el pensamiento de Isócrates, para quien una nación se distingue de otra, más que por su raza, por su civilización común (de la que la lengua es expresión de máxima importancia). Esa noción, dicho sea de paso, quizás sea la que haya nutrido la distinción cultural (más que etnográfica) que los latinoamericanos solemos hacer de los indios, y que contrasta con la distinción racial que respecto de los indios de sus territorios han solido hacer los angloamericanos.

Lamtزيدis precisa que hasta 1922 se puede hablar de un dialecto helénico del Ponto porque, después de esta fecha, emigró la mayoría de sus hablantes. Ese dialecto parece remontarse, según afirma, más allá de la época en que se establece la *koiné*: es anterior a ella —dice— a pesar de lo que digan los especialistas que afirman que fuera del sakonia (de origen dorio) no hay dialecto griego anterior a la *koiné*.

El autor habla de los “emporia” tributarios del rey persa que florecieron en época

de Alejandro; de la autonomía que disfrutaron desde la época romana hasta la bizantina en que no llegaron a tener contacto regular con Constantinopla, y señala la forma en que se contrajeron tras las conquistas de Mahomet II, para desaparecer finalmente en 1922.

Todos los caracteres de quienes habitaban en esa zona revelaban, para él, su origen jónico; pero es particularmente su dialecto, de caracteres acusados, el que le parece que confirma su hipótesis. En ese dialecto, la *eta* se pronuncia como *épsilon*; se emplea *ouki* en vez de *ouxi* o *den*, para negar, y se utilizan vocablos jónicos.

Esa continuidad dialectal es tanto más asombrosa cuanto que en la zona hubo colonos griegos de otros dialectos, de que casi por doquier se constituyó la *koiné* helenística y bizantina; de que los invasores bárbaros se mezclaron con los griegos pónicos, y de que el elemento turco llegó a ser muy importante entre ellos, de 1461 a 1922.

Lamtzidis llega a la conclusión de que fue la situación geográfica del Ponto la que salvó el helenismo de la región, y la que le permitió conservar su dialecto, salvaguardando así su continuidad con los primeros colonos jonios.

Frente a esta situación relativamente estable, resaltan otras situaciones sociolingüísticas muy cambiantes, como las de India.

Bright y Ramanujan parten del hecho de que ninguna lengua es monolítica, a pesar de que sea ésa la impresión que se recoja de las gramáticas; que la diferenciación se produce en todos los niveles de la lengua, y que puede estudiarse en tres dimensiones sincrónicas: la geográfica, la social y la estilística. La primera es obvia, la social se relaciona con la identidad socialmente establecida de quien habla y de aquel a quien habla (y llega al grado de diferenciar, en nutka, la forma en que se habla con los niños, los gordos, los duendes y los jorobados), en tanto que los estilos lingüísticos muestran diferencias parecidas (que al tiempo que suelen distinguir entre el estilo informal y el formal producen, en algunas sociedades o comunidades hablantes griegas y árabes, el bidialectalismo que Ferguson ha bautizado como "diglosía").

El establecimiento de esa situación extrema, diglósica, les parece particularmente útil a Bright y Ramanujan para el estudio sociolingüístico de sociedades y comunidades hablantes del sureste de Asia. Así, hay dialectos

sociales asociados íntimamente a ciertas castas hindúes, y muchas lenguas indias tienen, además, estilos formal e informal que las diferencian (hasta la diglosía).

En las lenguas dravidianas del sur de India hay, por lo menos, dos patrones contrastantes. En tamil y kanarese, y quizás también en telugú y malayalam hay, según los autores, casos clásicos de diglosía. El estilo formal o literario es usado por los educados para escribir o para los discursos públicos y tiene cierta unidad o uniformidad; en cambio, el informal o coloquial muestra gran diferenciación interna.

En una comunidad hablante de tulu, los autores encontraron sociedades hindúes comparables a las del resto del sur de India, pero carentes de tradición escrita en lengua nativa, y descubrieron que las funciones sociales desempeñadas en otras partes por el puro estilo formal de la lengua local, estaban servidas ahí por la variedad formal del kanarese. La observación se redondea cuando se registra el hecho de que si bien el tulu se escribe, a veces, en la escritura del kanarese, para propósitos informales, esa lengua no es el medio que se usa para la educación, y no sirve de vehículo a la tradición literaria.

La hipótesis de los autores consiste en afirmar que en cuanto ha sido mayor el alfabetismo de los brahmanes kanareses, éste ha contrarrestado la tendencia al cambio dentro de su dialecto; que, en cambio, el habla brahmánica tulu, por no tener tradición tulu escrita, ha sido sujeto de cambios del mismo tipo que los que han operado en los otros dialectos del tulu. O sea, que en términos generales, se sugiere que el alfabetismo actúa como freno en el proceso de cambio lingüístico.

En la discusión subsecuente, Haugen señaló que, desde un ángulo social, es mejor hablar de estilo privado frente a estilo público (más que de estilos formal e informal) y consideró que la hipótesis de los autores es plausible sobre la base de considerar el caso de los islandeses que han sido alfabetos durante milenios, y que, simultáneamente, tienen un idioma que ha cambiado muy poco en ese largo periodo.

Fisher, por su parte, hizo una observación que puede relacionarse con las anotaciones de Kurath sobre la interacción de los dialectos regionales y sociales, pues piensa que el modelo sociolingüístico que se imita se elige de acuerdo con la importancia de las barreras intercastales ya que "si las barreras

para el contacto social entre brahmanes y no brahmanes son suficientemente firmes y estrictas, la élite dentro de cada casta inferior puede ser más importante, como modelo sociolingüístico, que la clase inmediatamente superior”.

Sjöberg, por su parte, señala un hecho adicional que complica el cuadro, pues no hay traslapamiento total de las clasificaciones dicotómicas, ya que existen: dialecto brahmánico y dialecto no brahmánico, estilo formal y estilo informal no brahmánicos, estilo formal y estilo informal brahmánicos.

John Gumperz, en su comunicación, se refiere también a las “sociedades plurales” de Asia, que incluyen grupos de trasfondos socioculturales muy diversos que viven en gran cercanía, que incluso se mezclan, compiten y se imitan en la vida pública, pero que reierten a las normas de su propia tradición en la vida privada; con ello se produce una “especificidad de papel” como la reconocida por Bruner; dentro de ella, las actividades diarias se separan en esferas gobernadas por normas diferentes.

Ese ambiente social, de acuerdo con Gumperz, no sólo produce una variedad de normas de conducta que cubren un ámbito más extenso que en Occidente sino que tienden a preservar las diferencias lingüísticas. Por otra parte, tan pronto se establece un código se le asocia con la conducta de quienes lo usan, y éstos se sirven de él como símbolo de identidad. O sea, que quienes quieren participar en la vida social, en dichas sociedades, tienen la necesidad de ser multilingües.

Gumperz reconoce también la gravitación de la presión social sobre lo lingüístico, en cuanto señala que esa sociedad multilingüe crea sus propias normas, de tal modo que el hindú que emplea el inglés en India, independientemente de su competencia para usarlo, tiende a emplearlo en una forma que comparte las modalidades de uso de otros códigos lingüísticos. No se trata, según dice, “de un fracaso en cuanto a dominar el inglés, sino de una consecuencia de las condiciones sociales del ambiente inmediato en que se ha de hablar el inglés indio”.

En esta situación opera lo que Gumperz llama una “matriz de códigos”, o sea una totalidad de los que son funcionalmente importantes en la comunidad y que incluyen dialectos y lenguas distintos, relacionados o no entre sí.

Concretamente, su estudio ilustra algunos aspectos del desplazamiento de códigos,

hindí-punjabí dentro de esta matriz. Sus hallazgos contrarían la creencia de muchos en el sentido de que no hay préstamos estructurales, y le parece que indican que los dos idiomas están fundiéndose en una situación parecida a la de los píchines, al tiempo que observa que en el extremo del continuo estilístico sólo unos rasgos no parecen sujetos a préstamo y que los mismos funcionan como mínimos simbólicos especificadores de papel.

Gumperz hace observar que la presencia o ausencia de préstamos estructurales no es un puro hecho lingüístico, sino que depende en parte de la existencia de normas sociales que los filtran de las gramáticas descriptivas (sociología del conocimiento, sociología de la lingüística). Piensa —por el otro extremo— que la mezcla de lenguas, tan alta en el caso de píchines, quizás dependa, en buena parte, “de la falta de sentimientos de lealtad grupal o de la fluidez de las normas sociales que gobiernan las situaciones en las que éstas se usan”.

En contraste con los estudios reseñados anteriormente, que corresponden al campo macroscópico de la sociolingüística, el trabajo de Millicent Ayoub pertenece al campo microscópico; pero no por eso es menos interesante.

La señora Ayoub nos recuerda que la polaridad es un principio usado en antropología para clasificar los términos de parentesco, y que, de acuerdo con ese principio, hay dos términos para cada relación parental (padre-hijo), y nos indica que hay bipolaridad cuando un término —el mismo— sirve para los dos miembros de la relación. O sea, que hay bipolaridad si un padre llama a su hijo “padre” o un hijo a su padre “hijo”; así, no es de extrañar que los antiguos tarascos, que se consideraban como “nietos” del dios Curicaveri, solieran llamarle “nuestro nieto”. La propia señora Ayoub indica que la bipolaridad actúa como subsistema parental en la terminología árabe del parentesco, y hace una interpretación sociológica del hecho.

Las conclusiones de Millicent Ayoub derivan de las observaciones que hizo en una aldea drusa de Líbano, y tienen como trasfondo el conocimiento de que la terminología parental árabe es “pesadamente descriptiva”, pues combina términos elementales (doce formas mínimas libres) en construcciones descriptivas complejas que abarcan a los mismos parientes no consanguíneos (nuera es “mujer del hijo”).

Pero no todos los términos son apropiados para su empleo en las relaciones primarias o para el habla directa, y es aquí donde se insinúa la bipolaridad. El conjunto de términos para el habla directa viola el esquema de la terminología descriptiva (sudanés) y lo aproxima al generacional (hawaiano). En las referencias se habla de un primo segundo como del "hijo del hijo del hermano del padre del padre", pero, al hablar con él, se le dice simplemente "hermano". En el habla directa también se olvida el sexo del pariente conecctante, que hay que mencionar en la referencia indirecta.

En esta obra —naturalmente—, según podemos observar, un proceso de economía lingüística que se apoya en lo que resulta tácito; en lo que, por ser tácito, es conocido por quienes hablan, que no necesitan, por ello, mencionarlo de modo ineludible.

La bipolaridad también es —en el caso— asimétrica, favorable al polo ocupado por el mayor de los miembros de la relación (o sea, que un padre llama "padre" a su hijo, pero un hijo no le dice "hijo" a su padre).

El proceso sobrepasa los límites generacionales y sexuales y permite que a la hija del hermano se le llame "hermano paterno". El proceso es aplicable —mediante un término distinto— a la hija de la hermana. Como dice la autora, "se trata de usos bipolares no intercambiables".

Por lo que se refiere a la estructura, distribución, contexto y significado de la polaridad, Millicent Ayoub indica que se trata, principalmente, de una situación en la que un padre que quiere que su hijo actúe de una manera determinada emplea, en vez del mandato, un tono apaciguador, que va bien con el uso de la palabra "padre". Es como si él empleara para mandar al hijo la misma técnica que éste emplearía para pedirle algo a su padre. Se trata, como ella indica, de una inversión temporal y unilateral de la relación, más que de un cambio de papeles. Esto, a su vez, encuentra apoyo en la cultura árabe que piensa que al niño y al joven hay que persuadirlos más que obligarlos a hacer las cosas. Pero la propia autora señala cómo, en otros ambientes, se dan inversiones semejantes: cómo un pasajero que trata de hacer que vaya más lentamente un "taxista" puede decirle: "Mamá, por favor, vete más despacio", creando una supraordenación del chofer, para despertar su instinto protector.

Millicent Ayoub ha hecho observaciones adicionales y plantea otras hipótesis por pro-

bar e interpretar. Los inmigrantes árabes en Estados Unidos de América llevan estos hábitos suyos al inglés. Las niñas son sujetos de la bipolaridad, pero, conforme van creciendo lo son cada vez menos; esto, según la autora, puede indicar cuál es su posición —diferente de la del varón— en la sociedad correspondiente.

Como puede verse, si bien las aportaciones sociolingüísticas al Congreso Internacional de Lingüistas reunido en Cambridge fueron poco numerosas, sirvieron, de todos modos, para dar idea de algunas de las preocupaciones principales de quienes cultivan esta interdisciplina en pleno desenvolvimiento.

Oscar Uribe Villegas

Julien Greimas: "Des modèles théoriques en socio-linguistique (pour une grammaire sociolinguistique)". Secondo Congresso Internazionale di Scienze Sociali dell' Instituto Luigi Sturzo. *Giornate Internazionali di Sociolinguistica*. Roma, 15-17, settembre 1969, pp. 93-109.

Julien Greimas, al intervenir en las Jornadas Sociolingüísticas convocadas por el Instituto Luigi Sturzo y realizadas en Roma en 1969, habló de la sociolingüística como de una disciplina aún muy imprecisa a la que hay que caracterizar —ya desde ahora— como una investigación interdisciplinaria y a la que hay que librar de caer en uno de dos extremos: el de convertirse en simple sociología de las lenguas naturales y el de ser una simple lingüística matizada sociológicamente.

Greimas piensa —como nosotros— que la separación entre etnolingüística y sociolingüística es artificial (tan artificial como la que divide a la antropología de la sociología en cuanto que el estudio de los "pueblos primitivos" complementa la investigación de las "sociedades civilizadas") y que, en realidad, lo que una y otra buscan es explicar conjuntamente la diversidad de lenguas y de sociedades a base de un principio común: el encuentro de los significados sociales existentes tanto en las lenguas naturales como en cualquier otro tipo de sistema comunicativo (como que existe la posibilidad de constituir una sociosemiótica en el nivel de la teoría general de los signos que vislumbra Saussure).

El profesor de la Escuela de Altos Estu-